

—Martin, dijo Mari-Santa, va saliendo buen chico, ¿no es verdad?

—¡No lo sabe V. bien! contestó Rosita. Si hubiera nacido en casa no nos querría á todos más que nos quiere. Los padres están chochos con él, y con razon, porque todo se lo encuentran hecho y parece que adivina lo que todos deseamos. Ha venido de bajar las vacas del monte, y suponiendo que yo, entretenida en casa de la madrina, me habria olvidado de ir á la fuente, para evitar que los padres viniesen y no encontrando agua fresca me riñesen, ha ido por ella.

—¿Y su madre, que tal está?

—Muy bien, porque los otros chicos le han salido muy trabajadores y buenos.

No es para callado en un libro como este, en que lo único que puede hacer grata la lectura son los arranques del corazon á falta de los del entendimiento, un episodio que observé en la despedida de Mari-Santa y Rosita.

Mari-Santa, acercándose á besar á Rosita, le dijo por lo bajo, temblando su voz de dulce emocion: «Hija, ya haces falta en Olaechea.—¡Ya lo sé, señora! contestó la muchacha no ménos conmovida.—Madre y no señora, le replicó Mari-Santa volviendo á besarla.—¡Es verdad, madre!» respondió Rosita correspondiendo á aquel nuevo beso, y ambas permanecieron algunos instantes con los rostros unidos y los ojos inundados de dulces lágrimas.

Poco despues bajábamos la cuesta, asida Mari-Santa de mi brazo y Teresita del de D. Joaquin, todos tristemente callados, porque á todos nos habia contristado lo que habiamos visto y oido en Aurrecoechea.

No sé, aunque creo adivinarlo, lo que mis compañeros pensarían entónces, pero lo que yo pensaba era esto, que viene á ser lo que más prólijamente he pensado y he sentido y he querido decir miétras escribia este libro:

« El primer pecado del hombre convirtió en campo de espinas y abrojos el paraíso terrenal; pero Dios, cuya misericordia no tiene limite, le sustituyó con otro, que es el hogar doméstico, que es la familia, institucion creada por su sábia mano y bendecida por su santo espíritu. El primer hombre y la primera mujer fueron arrojados del paraíso terrenal cuando fueron indignos de él, y arrojados son tambien del nuevo paraíso los que no merecen habitarle. Pobres moradores de Aurrecoechea, de alma débil, de corazon mezquino y de entendimiento estrecho y oscuro, ¡cómo Dios os habia de creer dignos de los deleites del paraíso de Gorostiza! »

XL.

EL GRAN DIA.

¡ Ah, Dios mio, con qué honda pena y con qué tristeza voy acercándome al término de este libro, que probablemente tendrá la mala suerte de su hermano *El Gabán y la Chaqueta*, que al emprender su humilde, pero bien intencionada peregrinacion por el mundo, las primeras y únicas piedras que recibió partieron, envueltas entre flores, de manos nacidas donde habia na-

cido la que le habia escrito y las habia estrechado con cariño tan entrañable como leal! (1).

¡La pena que siento despues de haber pasado muchos dias saturando mi memoria y mi corazon con el dulce recuerdo del hogar de Gorostiza y sus contornos, nace de una duda, de un temor horrible! ¡Quizá aquel hogar ya no existe! ¡Quizá la ferrería de Ibarrodo y la capilla y la casa anexas á ella han sido pasto de las llamas! ¡Quizá D. Juan y Leandro han sido apaleados ó proscritos ó fusilados por traidores! ¡Quizá Mari-Santa y Teresita y Rosita están presas como rehenes para ser fusiladas, si un buque se acerca á la costa y dispara hácia ella sus cañones! Si hay quien juzgue exagerado este temor, yo le diré que algunas madres de familia tan piadosas, tan buenas, tan santas como la protagonista de este libro, dejé en Algorta, en Plencia, en Bermeo, en Mundaca, en Lequeitio, glorificando á Dios, honrando á su sexo y á su patria, alegrando su hogar y llevando el consuelo al de los necesitados, y hoy los que llevan escrito el nombre de Dios en su bandera, las han arrancado de su hogar, las han encerrado en una prision y les han dicho: «Por cada cañonazo que se dispare desde el mar á los pueblos de la costa, será fusilado uno de los rehenes de que formais parte.»

¡Qué inicua, qué bárbara, qué cruel, qué sin entra-

(1) El *Irurac-bat*, de Bilbao, y *El Ateneo*, de Vitoria, cuya critica literaria desempeñaban jóvenes que empezaban á recorrer la senda en que ya llevaba treinta años de fatiga el autor del libro, fueron los primeros periódicos que emitieron su juicio acerca de *El Gaban y la Chaqueta*.

ñas, que sin nocion de Dios ni de la justicia humana es la guerra civil!

Aun no desolaba esta horrible fiera los valles de mi infancia y del amor de toda mi vida, aunque hacía cerca de dos años que el resto de España era teatro de la más horrenda anarquía. Cantaban y reian los jóvenes de ambos sexos en las heredades; el *¡aida, gorri!* del carretero y el agudo chirrido de los carros resonaban sin cesar en los caminos que conducian de las veneras á los puertos y de las aldeas á las villas; trescientos grandes buques extranjeros esperaban constantemente en el Ibaizábal el rico mineral de Ollargan, de Mirabilla, de Larrasquitu, de Iturrigorri, de Basurto, de Castrejana y de Triano; no sé cuantos ferro-carriles terrestres y aéreos trepaban á las montañas para arrastrar al mar los tesoros que las montañas encierran; las altísimas quebradas que separan á Galdames y Sopuerta del valle del Ibaizábal eran horadadas para abrir paso por ellas á la potente y ruidosa locomotora; en Sestao se construía un gran puerto; de las márgenes de los rios se elevaba en negras y multiplicadas columnas el humo y el fuego de los altos hornos de fundicion; echábanse los cimientos de multitud de establecimientos industriales; los muelles y almacenes de Bilbao no bastaban para contener las mercancías que casi como lastre conducia la muchedumbre de buques que venian á cargar mineral férreo; el ferro-carril que enlazaba el Ibaizabal con el Ebro no bastaba á transportar hácia el interior de la Península aquellas mercancías ni las que del interior se enviaban hácia el Océano; veinte mil braceros, en su mayor parte emigrados

de las riberas del Ebro, desoladas por la sequía y la perturbacion política, hallaban trabajo y pan en la hermosa y entónces feliz comarca donde tengo el corazon y el pensamiento; aquella vida, aquella prosperidad, aquella alegría se dilataban hácia el oriente y el ocaso desde San Sebastian á Santander, desde el mar á los Pirineos cantábricos; las doradas playas marinas y los verdes valles donde brotan infinitos manantiales de aguas salutíferas estaban poblados por muchedumbre de forasteros que buscaban allí la salud, la alegría y la paz que no encontraban en el interior de la Península, y las romerías en torno de los santuarios eran más alegres, más bulliciosas, más concurridas que nunca.

¡Sin embargo de todo esto, en el alma de las gentes pensadoras y de los ancianos experimentados se levantaban sombras muy tristes y se agitaban presentimientos muy dolorosos!

Un domingo, pocos dias ántes de aquel en que regresé á Bilbao descansando en Ibarondo, estábamos sentados bajo los nogales de mi aldea esperando la misa mayor.

Una porcion de hermosos jóvenes de quince á veinticuatro años, de aquellos que luchan como fieras con el trabajo y la adversidad hasta dominarlos y vencerlos, y se convierten en mansos corderos ante la autoridad de sus padres, jugaban á los bolos en la arboleda.

Estaba entre los que los contemplábamos un anciano llamado Anton, que gozaba de gran respeto y autoridad entre el vecindario, no tanto porque habia vivido mucho y era mucho lo que habia visto, como porque sus juicios

solian ser profecías que rara vez dejaban de cumplirse.

—¡Qué guapos van saliendo esos chicos tuyos! dijo una de las vecinas á la que estaba á su lado.

—Es verdad, pero los tuyos nada tienen que envidiarles.

—¡Dios nos libre á todas de una guerra que nos los arrebate!

—¡Mucho me temo que al fin y al cabo tengamos esa calamidad, porque no faltará quien lleve á mal que por aquí estemos tan pacíficos, cuando por *ahí arriba* hace cerca de dos años que se está matando la gente!

—¡Sí, de seguro hay en España ó fuera de ella algunos bribones que piensan sacar las castañas del fuego con nuestra mano!

—Yo no tengo ni he tenido nunca mala voluntad á nadie, pero desde ahora aseguro que odiaría de muerte al que nos trajese la guerra, y pediría á Dios que le exterminase á él y á cuantos le prestasen ayuda.

—Lo mismo pienso y digo yo.

—Y yo.

—Y yo.

Anton oía á aquellas buenas mujeres, y callaba como meditando tristemente.

—¿Qué dice V. á esto, Anton? le preguntó una de ellas.

—Lo que yo digo, contestó el anciano, es que vuestros temores de que tengamos guerra son fundados, y vuestros propósitos de odiar al que la promueva y pedir á Dios que le extermine á él y á los que le ayuden, son enteramente vanos.

—¿Cómo que vanos?

—Yo os lo explicaré. Cuando empezó la otra guerra, mi mujer y yo pensábamos como vosotras. Tanto nosotros como nuestros hijos odiábamos á los que habian encendido la guerra, no porque fueran blancos ni negros, porque de cosas políticas en que se equivocan y no están acordes los hombres más sabios, ¿qué entendemos nosotros, los pobres destripaterrones que apenas sabemos leer? Los odiábamos sólo porque nos habian llevado la paz y traído la guerra.

Un día vinieron á buscar á nuestros hijos, y los muchachos, siguiendo nuestro consejo y su propio parecer, huyeron de los que querian hacerles tomar las armas para pelear bajo una bandera que odiaban por la única razon de que era la de la guerra. Los reclutadores se apoderaron de mí, me llevaron con ellos maltratándome de palabra y obra, y me anunciaron que si no se presentaban mis hijos en determinado plazo, me matarian á palos y saquearian y quemarian mi casa. Los pobres chicos que lo supieron, dijeron á su desconsolada madre:

—Madre, vamos á presentarnos para tomar las armas, porque vale más que muramos nosotros, heridos por una bala ó de indignacion porque se nos obliga á defender lo que odiamos, que no que maten á palos ó á pesadumbre á nuestros padres y nos quemen la casa en que nacimos, y nos arrebatan cuanto tenemos para vivir.

Dicho esto, los muchachos se presentaron á tomar las armas y oirse llamar *voluntarios*, y yo quedé en libertad.

Un día estábamos mi mujer y yo que se nos podia

ahogar con un cabello, porque sabíamos que se habia dado una gran batalla y no sabíamos si habrian muerto en ella nuestros hijos. Por fin llegó un vecino que habia estado en la batalla como bagajero, y nos dijo:

—Vuestros chicos no han tenido novedad, aunque han estado en el sitio de más peligro y se han batido como leones.

Mi mujer y yo creimos morirnos de alegría al saber que nuestros hijos estaban sanos y salvos, y yo creí reventar de orgullo al saber que se habian batido como leones.

—¡Y tú eres el que odias á los que nos han traído la guerra y nos han llevado nuestros hijos!! me dijo mi mujer admirada de aquel orgullo.

—Sí que los odio, tanto como tú y nuestros hijos, le contesté, pero pienso como han pensado nuestros hijos, que el que vuelve la espalda en el combate, defiende lo que defiende ó háyale llevado á él su voluntad ó la ajena, es un cobarde sin vergüenza ni pundonor.

Mi mujer convino en que nuestros chicos y yo teníamos razon, y participó de mi orgullo porque nuestros chicos se habian batido como leones.

Pasó algun tiempo, y desde nuestra casería oimos descargas al otro lado de los montes.

—Es que los dos ejércitos han emprendido una terrible batalla, nos dijo un vecino que bajaba de los montes, adonde habia subido á ver lo que pasaba.

Mi mujer juntó las manos, y levantó los ojos al cielo.

—¿Pides á Dios, le pregunté, el exterminio de los que nos han traído la guerra y nos han llevado nuestros hijos?

— ¡Cómo, me contestó, le he de pedir el exterminio del ejército de que nuestros hijos forman parte!

Y mi mujer y yo convinimos en que por más que odiásemos á los que nos habían traído la guerra y nos habían llevado nuestros hijos, necesitábamos pedir á Dios que les diese la victoria!

Haceis bien, concluyó Anton, en pedir á Dios que nos libre de la guerra, porque si la guerra viene, os llevarán vuestros hijos, y ni aún tendréis el consuelo de odiar á los que la hayan traído y amar á los que los combatan.

El recuerdo de estas palabras del buen anciano de mi aldea y el de lo que mis padres padecieron en las postrimerías de la guerra civil de los siete años, porque yo, obediente á su voluntad, no me presentaba á tomar parte en ella, entristecian hondamente mi alma á principios del mes de Julio de 1870, y de esta misma tristeza participaban las gentes un poco pensadoras y experimentadas, en medio del animado y hermoso cuadro de vida, de prosperidad, de alegría y paz material que traté de bosquejar al comenzar este capítulo.

Fatigado está ya mi espíritu con lo que ha sentido desde que escribí la primera página de esta sencilla historia, que sólo es un pálido reflejo de lo que al escribirla he ido pensando y sintiendo. Fáltame, pues, aliento para seguir recogiendo flores y espinas en mi camino, y me apresuro á llegar al término de mi jornada.

El término de mi jornada es el noceadal de Ibarrondo y la colina de Olaechea, y el día en que llego á él es el 16 de Julio, fiesta de la Virgen del Carmen.

La hermosa capilla de la gran ferrería parece una ascua de oro y un ramillete de flores. Con la sonora voz de su campanita canta sin cesar, como diciendo: « ¡Virgen Santísima, qué día tan alegre y dichoso es éste para mí y para todos esos buenos señores que han orado y han llorado de amor y de gozo bajo mi santa y refulgente boveda! »

La tarde declina, porque el sol ya sólo dora la mitad superior de la vertiente occidental del Ganecogorta. La romería más bulliciosa, más alegre, más concurrida, más fraternal que ha alborozado las riberas del Cadagüa, toca á su término en el noceadal de Ibarrondo.

Pero, ¿qué pasa en Olaechea donde alternan el silencio y las ruidosas carcajadas? Ah, yo lo sé como el primero y lo diré como Dios me dé á entender.

Ha terminado el banquete, que ha sido hermoso por la abundancia, el buen gusto y la alegría que han reinado en él. Entre los comensales, entregados ahora á las alegres pláticas de sobremesa, se cuenta un narrador de alegrías y tristezas del pueblo y del hogar, y todos le piden que cuente alguna de aquellas historias que va recogiendo de valle en valle y de casería en casería. Resístese á complacerlos, no por modestia, pues sabe que la modestia no se debe convertir en hipocresía, sino porque no le ocurre narración que le parezca digna de aquella ocasión y aquel auditorio.

— Si no nos complace V., le dice Leandro, nos comeremos en Olaechea las truchas del Cadagua que le he prometido á V. pescar y enviarle á Bilbao.

El narrador se espanta con esta terrible amenaza,

aguza el entendimiento y la memoria, y en la de las truchas del Cadagua encuentra lo que buscaba.

—Oigan VV., dice, la historia de unas truchas del Alzania.

Y todos cierran la boca y abren el oído.

XLI.

LAS TRUCHAS.

«Desde el monte Aitzgórri, cuya falda oriental recorre el ferro-carril del Norte á poco de entrar en Guipúzcoa, unas veces al aire libre y otras por dilatados túneles, descubre el viajero, allá abajo, en el hondo y frondoso valle, un pueblecito blanco y alegre, entre cuyos edificios se destacan la iglesia parroquial y una fábrica de papel que simbolizan la religion y la industria, principales elementos de prosperidad y vida de los pueblos. El que blanquea en aquel valle es la villa de Cegama, que es como si dijéramos capital del Otamoch, ó tierra de los argomales achaparrados, y está habitada por gente honrada, laboriosa, alegre y feliz, como la generalidad de los pueblos vascongados.

Lo que voy á contar pasó allí en el primer tercio del presente siglo, y aún hay allí quien, como testigo presencial, lo refiere en las largas veladas de invierno, al amor de la lumbre, mientras la caldera de castañas hierve colgada del llar y el círculo de manzanas estalla y chilla al calor de la brasa.

No olvidaré fácilmente la noche que lo oí contar en una casería de Oláran, barriada próxima á la villa. Mientras la cena se ponía en sazón, las mujeres hilaban, los mozuelos desgranaban maíz, los hombres fumábamos (¡holgazanotes!), y los chicos, cansados de formar castillejos y ejércitos con las *marolas*, como llaman allí á las mazorcas de maíz desgranadas, que en Vizcaya llamamos *artapoch* y *garuchos*, rogaban al abuelo que contara algun cuento de los muchos que sabía. Y como yo uniese mi ruego al de los chicos, el abuelo, que ya me habia mostrado su deferencia haciéndome sentar á su lado en el escaño, donde por derecho propio dominaba como absoluto señor, llenó y encendió por segunda vez la negra pipa de yeso, y nos contó el cuento de *Las truchas*.

Era el rector ó párroco de Cegama lo más bendito y glorioso que habia bajo la capa del cielo. Con aquel genio siempre bondadoso, indulgente y sereno, con aquella seguridad de que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, y por consecuencia lo mejor y más justo, y con aquella propension á no descubrir en el mundo más que horizontes de color de rosa, estaba siempre sonrosado como la fresa de Loyola, sano como las manzanas de Oiquina, y gordo como los cebones de Oyarzun.

De su candor y del candor de una muchacha de Oláran que se confesaba con él se contaban ejemplos que hacían desternillar de risa á las gentes de Otamoch, las más tentadas á la risa de las tres provincias hermanas, que son tres reideros de los buenos.

Hay en los arrabales de Cegama una ermita, que fué